



Diario de una  
**ninfómana**

VALÉRIE TASSO

*Diario de una ninfómana* es el conmovedor relato de una mujer francesa, de buena familia, licenciada en dirección de empresas, que narra su evolución vital a través de las relaciones sexuales que va teniendo: con los sepultureros de un cementerio, con un árabe «muy aficionado» a la Coca-Cola, con un policía sin escrúpulos, con desconocidos en lugares imprevistos... Multitud de vivencias que asume con la máxima libertad que tiene cualquier persona: la que uno se concede a sí mismo y no la que se ve obligado a tener.

Esta peculiar manera de relacionarse la lleva a vivir una verdadera odisea al lado de un hombre maquiavélico empeñado en maltratarla psicológicamente. Para sobrevivir al dolor y debido a sus ilimitadas ansias de conocimiento, ejercerá la prostitución en una agencia de contactos de lujo. Allí se enfrentará a la vulnerabilidad de los hombres: hombres de reconocido prestigio, hombres de negocios, políticos... Hombres que no le harán perder sus ganas de comunicarse con el lenguaje que mejor conoce: el del cuerpo y el de las palabras escritas.

Un libro que no deja indiferente a nadie. Un libro sincero, desgarrado, escrito a contracorriente de la actitud políticamente correcta respecto del sexo. Un libro que revela, en definitiva, que hasta en el propio infierno se puede encontrar el amor.

A Giovanni

## AGRADECIMIENTOS

A David Trias, mi editor, quien ha confiado en mí desde un primer momento.

A Isabel Pisano, sin quien este libro nunca hubiese existido. La quiero incondicionalmente.

A Jordi, mi amigo. Sé que me está esperando bolígrafo en mano para que le firme el primer ejemplar.

A So, quien ha aceptado mi aislamiento sin rechistar y siempre me ha brindado todo su apoyo.

A Mimi, quien, muchas veces, me ha sacado de mi mundo para transportarme al suyo.

Y finalmente a Giovanni, quien me lo ha dado todo, sin nunca pedirme nada.

Gracias a todos, de todo corazón.

## NOTA DE LA AUTORA

Todos los nombres que aparecen en el libro han sido inventados, para proteger la intimidad de los personajes. Cualquier similitud en cuanto a estos nombres con la realidad es pura coincidencia.

## **Mi carrera maratonia de 1.200 metros**

Los encuentros se suceden pero nunca se parecen...

Perdí mi virginidad un 17 de julio de 1984, a las 02.46.50 de la madrugada. A los quince años, un momento así no se puede olvidar nunca.

Pasó durante unas vacaciones en la casa de la abuela de mi amiga Emma, en un pueblo de montaña.

Enseguida me encantó aquel lugar, que olía a eternidad, y el grupo de chicos con quien salíamos. Pero sólo uno me había llamado la atención: Edouard.

La casa de la abuela tenía un jardín precioso y estaba situada justo al lado de un pequeño río que daba frescura al ambiente veraniego. Enfrente había un campo con hierba de más de un metro de altura, propia de los lugares donde suele llover mucho. Emma y yo pasábamos tardes enteras escondidas allí, acostadas, charlando con los chicos, y aplastando la hierba con el peso de nuestros cuerpos, hinchados por la pubertad. Por la noche, escalábamos los muros de la casa para volver a juntarnos con los chicos y flirtear.

Nunca le dije nada a Emma de lo sucedido. Una noche, Edouard me llevó a su casa. Me acuerdo que no sentí nada, sólo una inmensa vergüenza por no haber sangrado, a la vez que esa extraña sensación de haberme hecho pipí en la cama. Me fui de su casa camuflada por el ruido de la cadena del baño, de la que había tirado para disimular mis pasos en la escalera.

A Edouard le volví a ver once años más tarde, en París, en una conferencia organizada en un hotel. Nos encerramos en el baño de caballeros, intentando vivir de nuevo esa pulsión que habíamos sentido más de una década antes, quizá por miedo a crecer o por nostalgia. Pero ya no

era lo mismo y, una vez más, el ruido de la cadena del baño público anunció mi salida, esta vez para siempre, de su vida.

Después de mi primera vez, llegó el sentimiento de culpabilidad, que intenté olvidar o al menos mitigar repitiendo la experiencia hasta cumplir la mayoría de edad. No porque tuviera muchos deseos prematuros, sino más bien porque quería experimentar, por pura curiosidad.

Al principio, achaqué esos impulsos a que la Madre Naturaleza me había dotado de una sensibilidad especial, a la cual respondía con el cuerpo. Hasta que me inscribí en la universidad a finales de la década de los ochenta.

Durante esos años de estudios, estaba más concentrada en mi carrera que en pensar en los chicos. Quería ser diplomático. Al final, tuve que cambiar mi orientación universitaria, y me licencié en Empresariales y Lenguas Extranjeras Aplicadas, sin demasiados esfuerzos.

Mi familia me inculcó las buenas maneras, el saber estar y una educación bastante tradicional, todo impregnado por una falta de comunicación que me hizo interiorizar cada vez más mis sentimientos. Una chica bien como yo no podía comentar a sus padres que se había iniciado tan joven en la vida.

En mi último año de carrera, reinicié mi actividad sexual. Me había dado cuenta de que tenía algo especial que atraía a tipos de mi misma condición. Yo era una hechicera y me puse a buscar a Merlines encantadores en todos los rincones de la ciudad, gente con chispa, amantes, cuyas pequeñas venas marcándose bajo la piel tenían siempre algo sexy. Hombres en los que pudiese sentir el pulso de sus muñecas. Seres capaces de oír el bolígrafo sobre el papel y de emocionarse ante la amplitud de una mancha de tinta en una hoja blanca. Varones que veían, como yo, las partículas que componen el aire, y podían percibir sus diferentes colores. Gente a quien el olor del baño obstruido en

una discoteca a las cuatro de la mañana le hacía recordar la fragilidad del ser humano.

Gente que me hacía sentir viva.

Sé que, en el fondo, esa búsqueda era la manifestación de una terrible enfermedad: el silencio, la soledad, la falta de comunicación. Por ello, decidí plasmar mis experiencias en un diario. Era la única forma de entregarme y comunicar. Ya lo había intentado varias veces, de la manera más natural: utilizando el lenguaje; pero era muy torpe porque mis palabras siempre salían sin la debida consciencia de lo que iba a decir. ¡Algo imposible y un mal comienzo para un diplomático!

Mi comunicación verdadera empezó con el cuerpo, el movimiento de las caderas, la mirada. Cuando obtuve un «sí» por mojar mis labios con la lengua, o por una mirada, y un «no» por cruzar las manos, entonces comprendí.

A algunos hombres les encanta, mientras hacen el amor, que una hable. Nunca lo he sabido hacer muy bien y eso me ha valido muchos disgustos. Algunos han desaparecido después de la primera cita, reconociendo que era, de todas formas, una buena amante; pero les faltaba la comunicación.

—¿Qué sabes tú de comunicación? —les decía yo, haciéndoles salir y dándoles un portazo en plena nariz.

Comprendí que la gente tiene necesidad de poner nombres a las cosas, de simplificarlas con palabras, pensando así, equivocadamente, que las puede comprender. Yo, en cambio, me puse a comunicar cada vez menos con las palabras, y más con el cuerpo.

Si queréis ponerme un nombre, ¡adelante! ¡No me importa! Pero sabed que lo que soy en realidad es una ninfa. Una nereida, una dríada. Una ninfa, sencillamente.

## El poder afrodisíaco de la Coca-Cola

*20 de marzo de 1997*

Hoy he recibido una llamada de Hassan en la oficina. Hassan... Hace dos años que no sé nada de él.

«Cabrona —es lo primero que me ha dicho—, desapareciste del mapa. Pero ves cómo sé donde encontrarte. Tengo que ir a Barcelona esta semana, para mi periódico. Me gustaría verte». Hassan...

Tuve una relación de dos años (no seguidos) con Hassan. Tenía (¿tiene todavía?) una predilección especial por introducirme en la vagina botellas vacías de Coca-Cola de 25 cl. Primero me las hacía beber y luego... No sé a qué se debe esa obsesión por la Coca-Cola, mejor dicho, por la botellita. Creo que debe de tener complejo con su pene que, la verdad sea dicha, no tiene grandes cualidades ni morfológicas ni artísticas.

Aparte del sexo, hablábamos poco, pero compartíamos los textos de *El Principito* de Saint-Exupéry, y sueños sobre lo que debía ser una verdadera historia de amor, suspirándonos el uno al otro. Pero siempre he sabido que no era mi historia de amor. Él es marroquí y yo francesa. Y de alguna forma me tenía como amante para sentir que jodía a toda Francia y su colonialismo.

Así que hoy, nada de sexo, pero una llamada y buenas perspectivas...

*22 de marzo de 1997*

Hoy, cuando he salido de mi casa, he visto a un tipo en la calle, y sólo con dos miradas, decidimos hacer el amor. Una vez en la habitación de un apartahotel de la Vía Augusta, me coge en sus brazos y me lleva hasta la cocina donde me deposita encima del mármol de la encimera, con sumo cuidado, como si fuera una muñequita de porcelana. Al principio, no se atreve a tocarme. Pero luego, me quita la camiseta de algodón, mojada de sudor, y se la acerca a la cara. De repente, se ha puesto a respirar muy profundamente y a oler la camiseta poco a poco, cada centímetro de tejido, cada milímetro de hilo. Inspira intensamente. Yo no he podido evitar mirarle, divertida al descubrir este principio de fetichismo que no había sospechado. Tiene gotitas de sudor en la frente que brillan como perlas y se mueren a la entrada de sus cejas. Me acerco a él, suavemente, y empiezo a pasar delicadamente mi lengua sobre cada una de ellas, bebiendo de él. Puedo sentir su respiración cerca de mi mejilla; su ritmo no es constante. La excitación me aprieta el vientre y mis muslos se contraen inevitablemente. Ya no tengo control sobre mi cuerpo. Me siento de repente perturbada, mi cuerpo pide a gritos que le arranquen la piel para poder fundirse con este desconocido. Se agacha un poco, y empieza a buscar debajo de mi falda, hasta encontrar el elástico de mis bragas. Pienso enseguida que su intención es quitármelas, obviamente. Pero no es así. Levanta la falda y aparta las bragas de un lado. Me toma así, buscando en cada momento mis ojos, analizando todas las reacciones de mi cara, todas las expresiones de mi rostro.

Cuando nos separamos en la calle, no le quiero pedir su número de teléfono. Tampoco él tiene intención de dármelo. No suelo comprometer un encuentro como éste con promesas de volver a ver a un hombre. Repetir con un desconocido no me interesa. Prefiero encontrar a otro en la calle.

23 de marzo de 1997

Hoy llega Hassan a Barcelona. Nos citamos en el hotel Majestic.

—Ven a las siete de la tarde. Pide la llave en recepción y sube directamente. Yo llegaré un poco más tarde. Por favor, discreción. Iré con mis guardaespaldas. Así que, bueno, tú ya sabes —me dice por teléfono durante la mañana.

Cinco minutos antes de la hora prevista, estoy ya en el hotel. Pido la llave y subo en el ascensor, donde unos hombres de negocios extranjeros y obesos me hacen bailar hasta encontrar un rincón donde colocarme y casi me aplastan una vez dentro. La sola imagen de tanta carne llena de colesterol me provoca náuseas. Seguro que no pueden tener una vida sexual plena. Además, este tipo de personajes suele dejarte toda empapada de sudor porque transpiran como cerdos.

Al llegar al piso salgo del ascensor, no sin antes sentir por parte de los cerdos un completo repaso visual de la cintura para abajo, con insistencia descarada en el trasero. Si siguen así, me los llevo a todos a la habitación, aunque tengo algo mejor que hacer.

Abro la puerta del cuarto, tiro de las cortinas para dejar pasar un poco de luz natural y, acto seguido, me dirijo hacia el minibar con la firme intención de retirar todas las botellas de Coca-Cola de 25 cl. Hoy no estoy de humor para una nueva sesión sadomaso, aunque sea *light*. En cambio, estoy dispuesta a hacerle mi mejor *striptease*, con una sofisticada danza del vientre, pero sin velos.

Los momentos previos a una cita me ponen muy nerviosa. Enciendo el televisor y me pongo a hacer zapping al ritmo de los latidos de mi corazón, hasta quedarme dormida. Me despierta el ruido de la puerta. Es él.

—¿Todavía no estás desnuda? —me pregunta con tono de reproche.

El *striptease* que había planeado se fue al carajo. Me hace el amor en silencio como jamás me lo había hecho antes, en la alfombra de la habitación. Cambiamos muchas veces de postura, como 22 para compartir la incomodidad del suelo, las cosquillas que producen los pelos de la alfombra. Me vienen a la mente los millones de ácaros que estaremos aplastando; sólo ese pensamiento me hace estornudar durante unos minutos. Hassan me saca de ese zoo microscópico lamiéndome todo el cuerpo y me sorprende el tiempo que se toma para verme gozar, olvidándose de él por completo. Es su particular manera de reencontrarnos, sin tener que hablar, después de tanto tiempo. Empiezo a creer que es cierto que determinadas personas, como el buen vino, van mejorando con los años.

—Me recuerdas a una amiga actriz, con quien mantuve una relación —me dice, acariciándome el pelo, después de haberme mojado toda la barriga con su semen—. Siempre me decía: «¡Tú no sabes la de kilómetros de pollas que me he comido para poder hacerme famosa!».

Y se echa a reír.

—¿Una actriz marroquí?

Me confirma que sí con la cabeza, mientras aspira una calada del cigarrillo que acaba de encender. Me lo pone luego entre los labios, aunque nunca me ha gustado sentir el filtro mojado por otro. Lo acepto de todos modos.

—¡Qué fuerte! En Europa, lo puedo entender, pero en Marruecos. ¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —pregunto, entre seria y sonriente, apoyada en el codo izquierdo.

—Nada. Sólo que me recuerdas a ella. No sé. Me ha venido su cara a la cabeza.

Después de una felación improvisada, calculo que si la media del miembro de los hombres es de doce centímetros, para superar el kilómetro y alcanzar unos miserables 1,2 kilómetros, tengo que hacerlo con diez mil hombres. O bien, diez mil veces con el mismo hombre. Esta segunda

opción no me gusta demasiado. Tiene más mérito hacerlo con diez mil hombres. Me quedaré con esta hipótesis.

—¡Joder con tu amiga, Hassan!

—¿Qué pasa con ella? —pregunta, todavía con las piernas abiertas y las manos reposando sobre los testículos.

Me encojo de hombros y me levanto para ir al baño. Me siento pegajosa, quiero quitarme el semen que llevo encima del cuerpo con papel higiénico, y luego, pegarme una ducha.

No quiero quedarme a dormir con él esta noche. Tengo que levantarme pronto y cambiarme de ropa porque debo asistir a una reunión importante. Cuando mi amante cae dormido, me marcho sin hacer ruido. Siempre me voy como un gato.

Diez mil hombres. Un día, haré mi propio recuento.

*25 de marzo de 1997*

—¿Vienes conmigo a Madrid? —me pregunta Hassan—. No puedo perderme ese encuentro en La Zarzuela. Y me gustaría que me ayudaras, al menos, con la traducción de los periódicos sobre el acontecimiento.

Con un poco de reticencia, decido acompañarle. He reservado una habitación en el hotel Miguel Ángel y cogemos el avión a última hora de la tarde. En pleno vuelo, se pone a tocarme las piernas, descaradamente, mientras lee la prensa del día. Noto que la gente de al lado está incómoda, así que abro un poco más las piernas, para que pase mejor su mano hacia el interior de mi muslo. La gente, escandalizada, vuelve la cabeza hacia el otro lado. Alguna que otra maruja intenta mirarnos de reojo, sin ser vista. Pero se encuentra con mis ojos, y de nuevo vuelve la cabeza furtivamente. Siempre me ha asombrado la hipocresía de las personas. Levantan a menudo los brazos al cielo, escan-

dalizadas y, sin embargo, demuestran muchas veces una curiosidad morbosa.

Cuando llegamos al hotel, Hassan me hace entender que quiere tomarme en la ducha. Me encanta la idea. Una vez en la bañera, detrás de mí, con el agua corriendo sobre mi espalda y sus piernas, agarra el jabón y empieza a rozarlo contra mi pubis. Luego, me arropa con su brazo hasta que el jabón alcanza mis pezones. Juega con ellos, con movimientos circulares, intentando dibujar no sé muy bien el qué. El contacto deslizante del agua y la espuma jabonosa tienen un efecto inmediato sobre mi cuerpo. Hassan acelera la cadencia de su movimiento hasta que paso mi mano por detrás y oriento su pene hacia su hábitat natural. Me penetra fuertemente y nos corremos juntos a los cinco minutos.

*26 de marzo de 1997*

Mientras Hassan está en el encuentro con su heredero al trono, intento localizar a Víctor López, que trabaja en unas oficinas no muy lejos de mi hotel. Víctor y yo nos conocimos en Santo Domingo, donde hacíamos el amor en Playa Bávaro los fines de semana, a merced de las miradas ajenas, sin pudor. Durante la semana, yo estaba en Santo Domingo y él en Santiago de los Caballeros. Cuatrocientos kilómetros de distancia nos separaban. Me gustaría verlo hora, porque me estoy aburriendo sola en la habitación.

—¿De parte de quién? —me pregunta la secretaria, de mala manera. Seguramente, como muchas, está enamorada de su jefe y se muestra reticente a pasar la llamada de una mujer. Y menos aún si es agradable.

—Soy una amiga de Víctor —contesto dulcemente, para contrarrestar su mal humor.

—No está disponible ahora mismo. Pero déjeme su teléfono, y le devolveré la llamada en cuanto pueda.